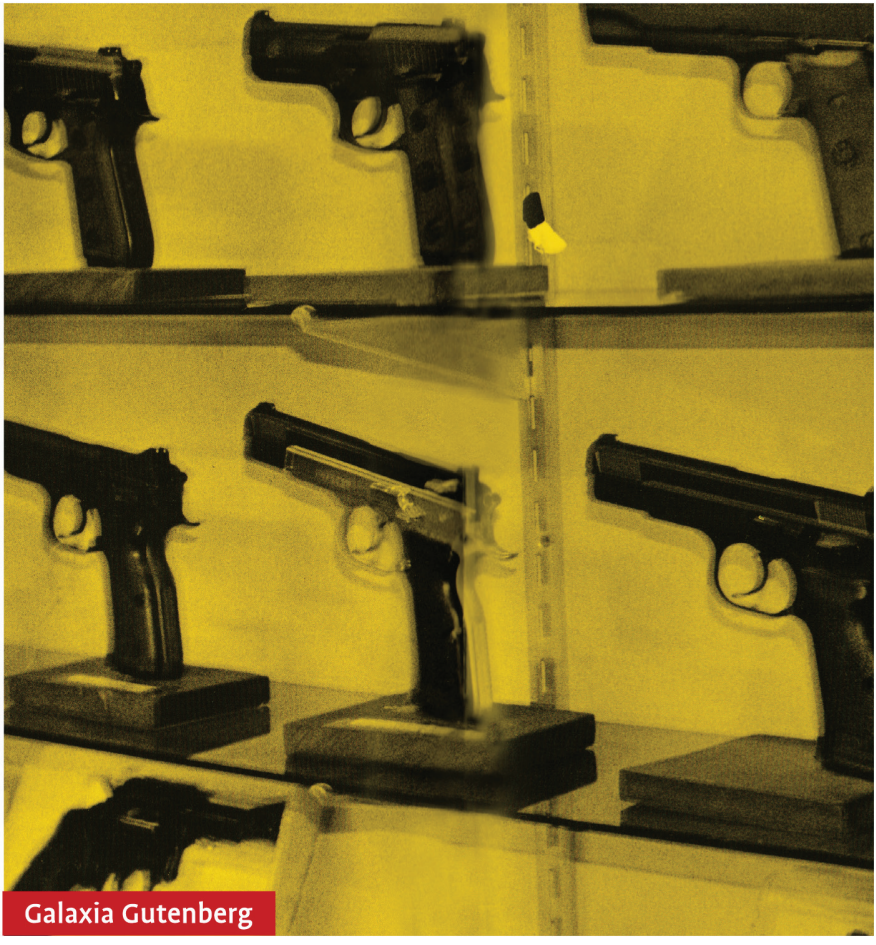


Roberto Wong

París D. F.



Galaxia Gutenberg

ROBERTO WONG

París D. F.

Galaxia Gutenberg



También disponible en ebook

Un jurado compuesto por Susana Fortes, Javier Goñi, Andrés Ibáñez, Antonio Iturbe, Antonio Orejudo, Emma Rodríguez y Marta Sanz concedió a esta obra el I Premio Dos Passos a la Primera Novela, que convocan Ámbito Cultural de El Corte Inglés, la agencia literaria Dos Passos y Galaxia Gutenberg.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero 2015

© Roberto Wong, 2015
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B 26103- 2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-20-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

¿Por qué no tú, en esta ciudad y en esta noche tan semejante a las demás que se confunde con ellas?

Marguerite Duras,
Hiroshima, mon amour

Y, además, todo el mundo puede hacer lo mismo. Basta con cerrar los ojos.

Louis-Ferdinand Céline,
Voyage au bout de la nuit

0

Primero pensé que estaba acostado boca abajo. Luego recordé que estaba boca arriba. Respiré. Había un olor dulce en las sábanas. Olor a recién lavado, a suavizante. La idea me vino a la mente como un eco: París tiene una superficie de 105 kilómetros cuadrados, alrededor del siete y medio por ciento de la Ciudad de México. Si quisiéramos saber a qué espacio físico del Distrito Federal correspondería esta área, primero tendríamos que definir un centro, el punto inicial desde el cual fuera posible circunscribir esta extensión.

Tengo una almohada en la cara. Recordé: proyectar ambas coincidencias era posible a partir de la fórmula $a = \pi r^2$. Si *a* es igual a 105 km^2, despejar *r* es una ecuación simple que da como resultado $\sqrt{105}/\pi$, es decir, 5,78 km. Lo que resta sería trazar el radio resultante hacia cualquier punto cardinal y circunscribir su extremo a partir del centro.

Intento mover los dedos. París tiene una superficie de 105 kilómetros cuadrados. Esto corresponde al siete y medio por ciento de la superficie de la Ciudad de México.

Sobrepuse dos mapas y comencé a calcular. Lo que siguió fue escoger el lugar del que equidistan todos los puntos: República de El Salvador, 97, Farmacia París, epicen-

tro alrededor del cual gira mi vida. En París, este centro debiera situarse en la catedral de Notre-Dame.

Lo demás fue sencillo: sobreponer el espacio resultante y hallar las coincidencias. Recorrer en el Distrito Federal una serie de coordenadas a partir de este mapa significaba recorrer el París consecuente del otro lado del orbe. Un París imposible, pero no menos real. Una ciudad imaginada no tendría por qué ser menos memorable.

Así, París estaría delimitado en oriente por el aeropuerto Benito Juárez, hasta el bosque de Chapultepec por el otro lado. El Boulevard Périphérique sería Eje 3 Norte y Ángel Urraza en el sur, que después se convierte en Independencia. La Torre Eiffel estaría en Reforma e Insurgentes. Trocadero sería Sullivan. Sacré-Coeur estaría en Tlatelolco, a la altura de la plaza de las Tres Culturas.

El vértigo fue asombroso. ¿Qué sentir, si no, al ver que Chapultepec coincidía con el Bois de Boulogne? ¿O que el museo del Louvre se ubica en el mismo punto que Bellas Artes? Pasé días haciendo anotaciones en tarjetas, escribiendo detalles de cada uno de estos puntos. Cuando ambas ciudades se alinearon, no me quedó más que leer los signos ocultos en los mapas sobrepuestos, obedecer las señales que se me presentaron.

Tenía ante mí la llave del azar, el mecanismo para activar la probabilidad. Un engaño, quizá, pero ¿qué no lo es? Es curiosa la manera en que las cosas se esfuerzan en anudarse unas con otras, como calcetines enrollados en una lavadora. Años sin darme cuenta de nada que no fueran borracheras y la misma vista absurda desde la ventana, y de repente un relámpago o un flash, y con él, un entramado de concordancias que se esforzaban por ser visibles, acaso con un propósito, con un sentido.

Si no fuera así, ¿cómo explicar entonces que aquel lugar donde se sitúa mi recuerdo coincidiera también con aquella escena de *Los amantes de Montparnasse*? ¿Y que después viviera en la casa de los padres de Jeanne Hébuterne?

Sí, así fue, y en esto no obré con trampa alguna. La casualidad sólo fue el principio del desastre. En el resto, me dejé caer.

1

Arturo extiende el periódico sobre el mostrador y coloca el índice sobre su signo del horóscopo: «El día de hoy te traerá giros inesperados. Adoptar una actitud flexible y evitar acciones impulsivas te permitirá equilibrar las cosas».

Le gusta revisar estas pistas, consejos atemporales que bien analizados podrían responder a los mecanismos ocultos de la casualidad. Aún no hay muchos clientes en la farmacia, pero sabe que una vez termine su café retomará ese impulso mecánico que lo lleva a recibir una receta, llenar una nota, tomar un frasco, responder a una pregunta, regresar al anaquel a por un medicamento, entregarlo, preparar el cierre, cerrar y volver a casa, lavarse los dientes, dormir y de nuevo extender el periódico a la mañana siguiente para regresar sobre esos *giros inesperados* que un extraño divide diariamente en horóscopos.

Un hombre agita un papel en la mano frente a Gema.

–¿Puedes atenderlo? –pregunta ella sin mirarlo, mientras le pasa la receta a Arturo.

Éste se vuelve a mirar al hombre –alto, cansado y pálido, como si hubiera caminado sin parar durante días– y después mira el papel arrugado que le ha entregado: antirretrovirales.

Rellena el formulario –(la farmacia tiene un sistema novedoso: el cliente pide los medicamentos, va con el formulario a la caja, paga, regresa con el tiquet al dependiente y recoge las medicinas), y le pide al hombre que liquide el monto mientras va a buscar sus medicinas.

Cuando le entrega la nota, observa que al hombre le tiemblan las manos. Algo se quiebra en el aire cuando el sujeto saca una pistola aullando reclamos ininteligibles. La mayoría sale corriendo y otros se agachan mientras tres tipos y una chica en bata blanca ven al hombre apuntarles como si fuesen animales de corral a punto de ser sacrificados.

–Pásame estas medicinas, ¡rápido!

Lo único que se escuchan son las respiraciones agitadas y el sonido de los autos a lo lejos.

«Adoptar una actitud flexible y evitar acciones impulsivas te permitirá equilibrar las cosas.» Arturo escucha la orden por debajo de un largo zumbido.

–¡Los medicamentos del señor! –grita el gerente.

–¡Rápido, cabrón!

El zumbido se detiene, como si se rompiera una burbuja. Arturo corre a los estantes, toma las cajas y las abraza contra su pecho.

–Mete en una bolsa todo lo que tengas, ¡ándale!

Al volver, ve que el ladrón se ha acercado hasta la puerta.

–Dáselos al señor, Arturo.

Éste sale de detrás del mostrador y estira el brazo para entregarle las medicinas en una bolsa con una imagen de la Torre Eiffel impresa en color rojo.

–Espera. Mete también la lana.

Gonzalo abre la caja y mete el dinero en la bolsa.

Todo es tan lento.

Arturo extiende su mano en dirección al ladrón hasta que se acerca lo suficiente para que los dedos temblorosos le arrebaten la bolsa.

«Si me muero… –piensa al ver el logotipo de la farmacia–, y yo sin haber viajado a París.»

Por su mente cruzan los titulares de los tabloides:

SE LO RECETAN

Encuentran libro de poemas entre sus cosas: ahora escribirá desde el infierno.

Suenan tres disparos.

No debería hablar de mí, pero lo haré: me llamo Arturo, tengo treinta y tres años, estudié Lengua y Literatura, trabajo en una farmacia y siempre quise viajar a París.

La cámara enfoca a un par de personas entre el público. Luego, una voz en *off* grita desde un lugar oculto: «¿Qué crees?». Las cámaras captan el rostro de Arturo: está a punto de llorar. La presentadora del programa se pone de pie y lo abraza. Luego le entrega un cheque y un billete de avión a Charles de Gaulle. Todo el mundo aplaude.

Arturo abre los ojos y ve a Gema abanicándolo con un bloc de notas. Luces rojas y azules parpadean en el techo. A su lado, la cabeza del ladrón está esparcida sobre el piso como pedazos de caramelo Tutsi Pop. Él mismo tiene la bata y el rostro salpicados de motas rojas, y un sabor en la boca como cuando te muerdes la lengua.

Desorientado, escucha la voz de los que le rodean como si fuera el diálogo de una película que alguien mira en el cuarto contiguo. «Entonces, el delincuente se da la vuelta a punto de correr, y que me lo apañan los polis.» Traen alcohol y le limpian la cara. «Mira nomás cómo quedó.» Tiene ganas de vomitar. Un policía toma el celular del ladrón e intenta marcar el último número del registro de llamadas, pero no tiene crédito. «El muchacho cayó al mismo tiempo. Si hasta pensé que también se lo habían echado.» El celular de Arturo ha quedado tirado en el suelo después de desmayarse. Otro policía lo coge para llamar con él.

–A ver, páseme el número.

Arturo levanta la mano, hace un gesto, pero no puede protestar.

–Va a tener que acompañarnos. Necesitamos su declaración.

–Esperen, ¿no puede ser otro día? Como que ya estuvo para una sola noche, ¿no?

–¿Y usted quién es?

–El gerente.

El zumbido ha regresado.

–Entonces también va a tener que acompañarnos.

Ambos se sientan en el asiento de plástico y se deslizan cada vez que la patrulla toma una curva. Por el camino, Arturo pide su celular.

El oficial lo saca del bolsillo delantero de su camisa y se lo pasa entre las rejas que los separan. Después de cruzar un parque estacionan en el exterior de un edificio en cuya puerta hay un grupo de hombres fumando. Cuando salen, a las dos de la mañana, el único testimonio de lo sucedido es un par de formularios archivados en quién sabe qué cajón.

El gerente enciende un cigarro. Arturo no fuma, pero le entran ganas de hacerlo.

–¿Cómo estás?

–Bien. Hace frío.

–Ha sido una locura.

–¿Qué?

–Todo esto. De repente, ¡bam!, y hay un tipo muerto en el suelo.

–Ojalá hubiera traído un suéter.

–Ya no se puede vivir en esta ciudad. Es un todos contra todos. Tuviste suerte.

–¿Cree que va a llover?

–No, no lo creo. Vámonos.

Empieza a llover.

2

La mamá de Arturo pasa los dedos por las decenas del rosario. Fue Gema quien le llamó. No dijo mucho, un par de detalles vagos: han asaltado la farmacia, todos están bien, Arturo ha ido a la delegación de policía, seguro que no tarda en regresar. Cuenta las horas. No entiende por qué no contesta, o por qué no la llamó cuando pudo.

En todos los canales de la televisión hay infomerciales. Le duelen los nudillos y los puntos entre los nudillos y las uñas. Cada vez que unos faros se acercan, levanta una esquina de la cortina de la cocina. La calle le parece ajena, como si no fuera ella la que ha vivido allí los últimos años.

Un coche se detiene frente a la puerta. Arturo entra. Tiene la ropa llena de sangre y la cara pálida.

Ve a su hijo mirar hacia la lata de refresco.

–Me bajó el azúcar.

Él no dice nada. Casi le parece un extraño, parado así en medio de la sala, con la bata llena de puntos rojos y la mirada perdida en el televisor.

–¡Ay, Arturo, hijito! ¿Y esta sangre? ¿Qué pasó?

Lo palpa por todo el cuerpo.

–Un tipo asaltó la farmacia. La policía lo mató.

–¿Lo mató?

La madre se seca las lágrimas y se dispone a calentar agua para servir café. Quiere decir algo, pero no sabe qué. Tampoco quiere exasperarlo. Seguro que está cansado.

–¿Quieres un café? ¿Un té?

–No, gracias.

El agua todavía no hierve, pero Arturo la ve echar dos cucharadas de Nescafé y una de azúcar a una taza.

–Voy a bañarme.

La mujer se dirige a la habitación de Arturo, coge la ropa tirada y la lleva al fregadero. El sonido de la ducha se eleva por encima de la lluvia que ensucia la calle. Cuando Arturo sale del baño, su madre va a su cuarto y deja la taza con café en la cómoda.

–He dicho que no quería nada.

–Tu ropa está llena de sangre.

–Sí.

–¿Dispararon contigo tan cerca? Y no me mientas, Arturo, porque si no, no te hubiera salpicado.

Arturo se queda callado. También a él la idea le provoca vértigo.

–No lo sé, mamá. La policía es estúpida, qué quieres que te diga.

–¿No puedes demandarlos?

–¿Demandarlos por qué? ¿Por evitar un atraco?

–¿Cuánto dinero se había llevado?

–¿El ladrón? No lo sé. Gonzalo estaba en la caja. También pidió unas medicinas.

–¿Medicinas? ¿Para qué?

–¡Cómo lo voy a saber! ¡Déjame en paz, por Dios!

La señora no sabe qué pensar. ¿Cómo es posible que decidieran abrir fuego con su hijo tan cerca?

–¿Por qué no te acuestas? Es muy tarde.

La mujer le da un beso en la frente y sale del cuarto.

Arturo suspira. Coge la taza y tira el café por la ventana. Luego se acuesta y cierra los ojos. Trata de no pensar en lo que ha pasado, pero su mente reproduce el momento en el que el tipo le arranca la bolsa de las manos.

Bam, bam.

3

Abre los ojos y se queda mirando el techo. El gerente le ha dado dos días libres. ¿Qué va a hacer con ellos?

Su madre no está. Tal vez ha ido al mercado.

Afuera hace un día magnífico: el sol ilumina con tonos dorados las cosas.

Se viste y se dirige al puesto de revistas de la esquina. «Bien clavados.» «Horror: ahorcado y tragado por ratas.» «Le dieron cran.» Ningún periódico habla de lo de ayer. Siente prisa por llegar a algún lado, por hacer algo, pero no sabe muy bien qué. Entra en un café y pide el desayuno. Pasa la mañana imaginando historias para cada una de las personas que ve entrar y salir. Un hombre gordo con un viejo maletín de cuero, un anciano, una joven nerviosa: ¿quién, de todos ellos, estará muerto esta noche? ¿De quién nos olvidaremos de inmediato?

Arturo saca su celular y lo deja sobre la mesa. En el histórico de llamadas tiene registrado el número que marcó la policía. Piensa en llamar. ¿Por qué no? Lo peor que puede pasar es tener que colgar después. Observa el número durante varios minutos y se da la vuelta para mirar a la joven nerviosa, pero no está, se ha ido.

Entonces llama.

El teléfono suena varias veces hasta que escucha la voz de una mujer.

«Has llamado al número de Nadia.»

¿Quién es ella? ¿La mujer del ladrón? ¿Su novia? ¿Su hermana?

«Por favor, déjame un mensaje y te regresaré la llamada.»

¿Será morena o castaña? ¿Llevará uñas postizas?

Marca un par de veces más, pero el buzón repite la misma promesa: «Te regresaré la llamada». Mira a las mujeres con las que se cruza y se pregunta si Nadia será una de ellas, si no habrá olvidado el teléfono en casa.

Elige a una y la sigue. Tendrá unos veinticinco años. Ambos cruzan Eje Central a contracorriente hasta la estación de metro de San Juan de Letrán. Otra chica más linda pasa junto a él y la sigue hasta Izazaga. Fija la mirada en sus piernas, en la sincronía entre sus pies y sus caderas. Al verla, el acto de caminar parece casi imposible. La pierde de vista cuando entra en una tienda. ¿La esperará? No. Otra mujer de unos veinte años se ha dado la vuelta para mirarlo. Arturo sonríe y la sigue hasta llegar a Chapultepec. Tiene ganas de hablarle, de decirle: «¿Te llamas Nadia? ¿No? Yo me llamo Arturo, soy poeta», y detonar así lo que nunca sucede, lo que siempre queda en el fallo de la posibilidad y el deseo.

Cruzan Doctor Río de la Loza. Arturo no nota que la chica camina cada vez más rápido. Le lleva media cuadra de ventaja, tal vez un poco más. Se detiene junto a un par de hombres frente a la Arena México y lo señala. Los hombres gritan.

«Poeta», piensa.

Comienza a correr.